

Vázquez, Daniel

Escritura y autodestrucción en la obra de Alfredo Bryce Echenique: los personajes adultos

Études romanes de Brno. 2006, vol. 36, iss. 1, pp. [111]-119

ISBN 80-210-4078-5

ISSN 0231-7532

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/113493>

Access Date: 28. 11. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

DANIEL VÁZQUEZ TOURIÑO

ESCRITURA Y AUTODESTRUCCIÓN EN LA OBRA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE: LOS PERSONAJES ADULTOS

El presente trabajo pretende caracterizar e interpretar un fenómeno que no ha pasado por alto a ningún lector atento de la obra narrativa del escritor peruano Alfredo Bryce Echenique: el parecido que une a los protagonistas de sus novelas es tal, que los argumentos de estas podrían tomarse por diversas aventuras que le suceden a un único personaje. Este pequeño estudio se centrará en los personajes adultos, por cuanto esto permitirá demostrar que el mencionado parecido no es casual, sino que este tipo de personajes es un elemento fundamental en la significación de la narrativa de Bryce Echenique. Así, en una primera parte se enumerará y se caracterizará lo que de común tienen los protagonistas de la mayoría de las novelas y cuentos de este autor. La segunda parte de este trabajo se basará en dos de esos «parecidos razonables» – concretamente – para tratar de aclarar el papel que estos personajes juegan en la interpretación de la novelística de este autor.

Los personajes adultos de Bryce Echenique

«Martín Romaña, directamente emparentado con Julius y Pedro Balbuena, es también un personaje marginal». Estas palabras del crítico José Luis de la Fuente (1994: 112) al comienzo de su semblanza del protagonista de los «Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire» ponen de relieve un aspecto notorio en la producción narrativa de Alfredo Bryce Echenique: la estrecha relación que existe entre los personajes que pueblan sus novelas y cuentos, hasta el punto de que estas narraciones llegan a parecer el recorrido nostálgico pero humorístico por una sola vida, quizás la del propio autor.

En efecto, resulta tentador –a pesar de ser pura especulación sin base crítica– «reordenar» las novelas y cuentos de este escritor hasta ver formada una única vida, que comenzaría con la infancia limeña, oligarca y solitaria de *Un mundo para Julius* (1970), y pasaría por la educación de Manongo Sterne en *No me esperen en abril* (1996) y las melancolías adolescentes de Manolo en *Huerto*

cerrado (1968). Después, este personaje único abandonaría Lima y la decadencia de su clase social en la mayoría de los cuentos de *La felicidad ja ja* (1974), y se instalaría con sueños bohemios en el viejo continente. Aquí comienza la etapa de esta «vida conjetural» que es objeto de análisis en este trabajo. Por lo general, este personaje exiliado es un artista, pero podría ser también un importante hombre de negocios turbios (*No me esperen en abril*), un profesor de universidad (*Reo de nocturnidad*, 1997) o un arquitecto (*La última mudanza de Felipe Carrillo*, 1988). Escritores son Pedro (*Tantas veces Pedro*, 1977) y Martín («Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire», 1981 y 1985), mientras que Juan Manuel Carpio es cantautor (*La amigdalitis de Tarzán*, 1999). Precisamente, este personaje, junto a Felipe Carrillo y Maximiliano Gutiérrez (*No me esperen en abril*) son los que nos permitirían entrever los resultados de esta vida más allá de los cincuenta años de edad, puesto que – como se verá en la segunda parte del trabajo – la forma de ser de estos personajes les obliga, cerca de la cincuentena, a tomar una decisión existencial que a menudo les impide seguir viviendo.

Sin embargo, pese a las coincidencias apreciables entre los protagonistas de las obras de Bryce Echenique y de estos con la vida de su autor, creemos que es impertinente e incluso empobrecedor tratar de explicar las novelas partiendo de la biografía del escritor peruano. Coincidimos por tanto con Julio Ortega (1994: 13) cuando dice que

carece de sentido tratar de distinguir entre planos probablemente biográficos (la vida hecha escritura) o planos autobiográficos (el yo hecho por la escritura) a partir de la biografía efectiva del escritor Alfredo Bryce Echenique.

En cualquier caso, corresponda o no con su experiencia personal, es innegable que muchos de los personajes adultos de las novelas de este autor comparten rasgos comunes que inducen a pensar que, dentro de la búsqueda que supone toda la obra de Bryce, según Ortega, estos caracteres ejercen un papel notable para la correcta interpretación de las novelas. Aquí intentaremos, por tanto, encontrar el significado que dentro de sus novelas tienen los personajes Pedro Balbuena, Martín Romaña, Felipe Carrillo, Maximiliano Gutiérrez o Juan Manuel Carpio, a los que se puede añadir en ciertos aspectos Manongo Sterne. Resulta obvio que los rasgos principales de estos individuos a la hora de encontrar este significado son la marginalidad (anunciada tal vez por la falta de adaptación de Julius) y el afán de autodestrucción, que se deriva de su personalidad individual, obsesionada en la búsqueda del ideal imposible –el amor o la amistad–.

Sin embargo, además de estos dos (la marginalidad autodestructiva y la búsqueda del ideal), hay otra serie de aspectos que hacen muy similares a los personajes de estas novelas. Todos ellos son peruanos, y más en concreto, limeños. La mayoría tiene un pasado oligárquico similar al del propio Bryce, con educación anglosajona y barrio de Miraflores. Pero más significativa es la relación que, una vez de adultos y residentes en el viejo continente, mantienen con sus orígenes

limeños. Por lo general son huérfanos de padre¹, pero siguen en contacto, más o menos cercano, con la madre, que, en el caso de los personajes escritores, espera los resultados literarios del viaje a Europa. Así, es ella la que sustenta a Pedro Balbuena, además de ser el vínculo que permite la readaptación al ambiente limeño cada vez que vuelven Juan Manuel Carpio o Manongo Sterne.

Es especialmente significativo el caso de Martín Romaña, que defiende a su familia en todo momento pese a ser el primero en condenar la injusticia social que otorga las sangrantes prerrogativas de que disfruta la oligarquía, como le señala acertadamente el doctor Llobera en *La exagerada vida de Martín Romaña* (Bryce, 1981: 517):

– Tenga, lea, aquí está: “Es más difícil cumplir con los deberes de padre que con los deberes de papá”. ¿Qué más quiere usted? Que no le vengan a decir a quien ha escrito una frase así que no ha tomado sus distancias frente a su familia. Y que tampoco se la insulten, porque precisamente usted ha establecido un equilibrio ante ella que no excluye un afecto natural.

Las relaciones de estos personajes con la izquierda política, tanto la europea como la latinoamericana en el exilio, son el instrumento del que Bryce se sirve para realizar una aguda crítica, suavizada pero recalcada por el humor. Existe una clara simetría respecto a la relación que estos personajes tienen con su familia oligárquica: aunque son simpatizantes de izquierda, no pueden evitar denunciar actitudes incoherentes, a la vez que no pueden evitar ciertos ademanes que los delatan como últimos individuos de una raza contra la que la propia izquierda lucha.

De esta manera, dos personajes como Pedro Balbuena y Martín Romaña comparten el haber tenido una relación con una ciudadana estadounidense en el momento en que se encuentran más comprometidos con la causa social. Tanto Virginia en *Pedro Balbuena* como Sandra en *Martín Romaña* son personajes que sirven para denunciar la frecuente identificación entre sentimiento de culpa y pensamiento revolucionario. Por su parte, el Grupo que arruina la vida matrimonial de Martín Romaña sirve a Bryce para poner de relieve el diletantismo en el que la lucha política se había convertido para algunos hispanoamericanos, sobre todo en los alrededores del mayo del 68. Sin embargo, el propio Martín señala la diferencia que hay entre los supuestos revolucionarios que calzan mocasines y tienden a puestos ministeriales y los verdaderos luchadores, los que, tras un período en Europa vuelven a sus países a enfrentarse a duras pruebas por defender sus ideales, como Lagrimón en *La exagerada vida de Martín Romaña* o Raúl en la novela corta «Los grandes hombres son así. Y también así» (Bryce, 1990 :185 – 287). Estos personajes son tratados con absoluto respeto por la entrega de su lucha, dentro del ambiente de humor que todo lo domina, claro.

¹ «No es que estas novelas nieguen al padre o la paternidad sino que, más radicalmente, lo sustituyen» (Ortega, 1994: 20).

Aunque con menor importancia, la lucha de la izquierda latinoamericana alcanza la vida de estos personajes en otras muchas novelas. En *Reo de nocturnidad*, por ejemplo, la rentabilidad que algunos latinoamericanos obtienen de los conflictos políticos de sus países aparece denunciada en la persona de la chilena Nieves Solórzano, que persigue a Maximiliano Gutiérrez con sus historias de víctima de la dictadura de Pinochet. También Juan Manuel Carpio reconoce que el París de finales de los sesenta es un buen escenario para un cantautor latinoamericano. Incluso el personaje de Sebastián en *La última mudanza de Felipe Carrillo* no deja de ser una llamada de atención sobre el extremo al que puede llegar el uso de la lucha política como disfraz.

Desde Pedro hasta Juan Manuel Carpio, algunos otros aspectos en los que estos personajes coinciden puede ser en la casi compulsiva tendencia a viajar, generalmente por Europa y más en concreto por España, Francia e Italia; la mitomanía que se centra en la literatura (Hemingway, Proust, Vallejo), el cine y la música popular; y, sobre todo, en una innegable afición por las bebidas alcohólicas, basada en parte también en una cierta mitomanía al respecto, como se deduce de la siguiente afirmación del propio Bryce Echenique (Ortega, 1994: 69):

Martín Romaña dice que desconfía profundamente de la gente que no bebe, de allí mi fascinación por las novelas de la autodestrucción por el alcohol, la más importante es para mí *Bajo el volcán*, una novela mágica.

Como quiera que sea, las borracheras de estos personajes parecen una cierta apología de la ebriedad, puesto que varias de las escenas más divertidas de las novelas tienen que ver con descomunales melopeas en las que el protagonista, tratando como veremos de evadirse de la realidad, alcanza sus máximos niveles de ingenio y ternura, hasta llegar a convertirse en el centro de una realidad alternativa en la que los espectadores se dejan atrapar por lo cómico de la situación. Un ejemplo de ello (como de casi todo lo que estos personajes representan) es Martín Romaña, que en cierto momento llega a decir: «yo empecé a beber un poco más de la cuenta para no ver tanta realidad» (Bryce, 1984: 140) y que una de las cosas que le reprocha a Inés es no haber llegado a emborracharse nunca (Bryce, 1984 :236).

Encontramos muchos otros ejemplos de «evasión alcohólica» en las novelas de Bryce Echenique, como el caso de Pedro Balbuean, cuya evasión se acerca mucho a la autodestrucción; o el adulto Manongo Sterne, que se sirve de los licores para comenzar sus ensoñaciones al margen de la realidad. Felipe Carrillo, pese a la aparente felicidad en que vive, recurre a menudo a la ayuda de su amiga Catherine, que lo recibe «ataviada de árabe y ya con el burdeos listo para mi vida interior, la subjetiva, la menos calendario de todas las vidas, o sea la de mierda» (Bryce, 1988: 211).

Como se ha podido comprobar, muchas de las características «superficiales» que son comunes a todos estos personajes (el nomadismo, la imposibilidad de pertenecer a una clase política o a una familia, el gusto por evadirse de la rea-

lidad) los convierten en seres marginados. A continuación se intentará mostrar cómo esta marginación es fruto de la búsqueda de un ideal imposible, y qué consecuencias tiene para estos personajes este fracaso existencial.

Autodestrucción y escritura: la maldición del ideal subjetivo

Como hemos dicho, una de las características más llamativas de estos individuos es la marginalidad en la que están instalados. Aunque los personajes son muy similares de una novela a otra, el referente con el que se relacionan cambia: la literatura en *Tantas veces Pedro*, la lucha política en *La exagerada vida de Martín Romaña*, la nobleza europea en *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, las diferencias sociales en *La última mudanza de Felipe Carrillo*, la clase dirigente del Perú en *No me esperen en abril*, la vida universitaria en *Montpellier* en *Reo de nocturnidad* o la llegada a la madurez en *La amigdalitis de Tarzán*. Sin embargo, la relación con todos estos ambientes es la misma: la imposibilidad de integración. En palabras de Julio Ortega, «para Alfredo Bryce, el sujeto no se define por uno u otro discurso (social, político, nacional, histórico, cultural...), sino que está en los márgenes, entre uno y otro, desfasado de los discursos-modelo» (1994: 18). Esta marginalidad podría explicar en cierto sentido la enorme movilidad geográfica de estos personajes, unida al desarraigo que representan.

El caso extremo de marginación es, sin duda, Martín Romaña, y así lo ha identificado José Luis de la Fuente (1994: 117 – 121): americano en París, pero afrancesado al volver a Perú; oligarca entre los revolucionarios pero peligroso agitador para la burguesía francesa y plebeyo para la nobleza medieval.

Esta marginación nos lleva al que quizás es el aspecto fundamental de estos personajes, el que determina a nuestro juicio incluso la forma narrativa de las novelas. Este aspecto es una fortísima personalidad subjetiva, basada en la búsqueda de un ideal imposible que los enfrenta al medio, con resultados que, si bien varían de un relato a otro, dejan siempre como fruto el relato mismo.

Esto explica además un aspecto compositivo: el carácter confesional que presentan la mayoría de estas novelas. Para Julio Ortega, «hay un espacio de comunicación privilegiado en la interacción de la subjetividad, pero es un espacio vulnerable y zozobranante» (1994: 41). Esta es la razón por la que abundan los diálogos y la oralidad de la narración. El subjetivismo del protagonista es lo que lo mantiene marginado y en constante lucha por encontrar esos espacios de comunicación que hagan realidad – siquiera por consenso de sus oyentes-lectores, – sus ideales.

Una característica de esta búsqueda del ideal es que es previo y posterior a la historia de amor (o de amistad) que narra la novela, a la vez que la sustituye. Debido quizás a un imaginario muy desarrollado –en el cual priman los modelos literarios de mujer: Hemingway, Miller, etc.– o a una sensibilidad hipertrofiada, muchos de los personajes que aquí estudiamos están enamorados del protagonista femenino desde antes de conocerlo: así, Pedro ama una fotografía que encontró

de niño en Lima, y que creará encarnada en Sophie, o Martín Romaña y su visión de Octavia en Cádiz durante su luna de miel.

De la misma manera, «la pérdida de la amada y la imposibilidad de la pareja no disuelve el vínculo amoroso; lo hace más agudo, más gratuito, y, como en el petrarquismo, un culto exaltante» (Ortega, 1994: 49). Exaltante hasta la autodestrucción, cabría decir, lo cual hace pensar a Pedro que «a la larga resulta mejor morir se rápido cuando se ama para siempre» (Bryce, 1977: 140). Cuando no se muere rápido, la consecuencia inmediata es la búsqueda del ideal inalcanzable en otras mujeres, sin que el resultado sea mejor —«nunca volví a quererte como te quise, en nadie» (Bryce, 1977: 173) —, por lo que se cae en la autodestrucción.

No es Pedro el único que desdobra al personaje femenino, sino que encontramos esta duplicación como uno de los recursos más habituales en las novelas que protagoniza este tipo de personajes. Cuando Inés abandona a Martín, este busca refugio en Sandra, y cuando es Octavia quien le deja, en Catalina l'Enorme, sin olvidar que la propia Octavia y Martín se desdoblan a menudo en personajes de las novelas que leen juntos. Felipe busca llenar el hueco dejado por su esposa con la presencia de Genoveva y Eusebia, sucesivamente, y ante su vecina arabista se rinde a la evidencia de la imposibilidad de llevar a cabo su ideal. Max Gutiérrez encuentra en Claire y en Nadine alivios pasajeros al engaño terrible de Ornella. Y, finalmente, la aventura de Juan Manuel con Flor a Secas se entiende como respuesta a la ausencia de Fernanda María.

Pero, como hemos dicho, no es solo que la idea de la amada sea previa y posterior, sino que, de dos formas distintas, es simultánea a la verdadera historia de amor. Por una parte, los protagonistas, con Pedro y Max a la cabeza, se ocultan a sí mismos la verdadera naturaleza de la amada, cambiándoles el nombre (de forma recíproca en el caso de Martín y Octavia) o mintiendo acerca de su paradero. Están vinculados como mentirosos Pedro y Max, y la única posibilidad de su salvación pasa por reconocer que están instalados en la mentira. Al primero, es la propia Sophie, que no desea que su personaje ficticio —mucho más agraciado que el real— desaparezca, quien se encarga de que Pedro no pueda salir de la realidad ficticia que se ha creado y que lo destruye. Max, en cambio, cuenta con la ayuda de Claire para ir reconstruyendo la realidad de su vida hasta el día en que se bajó del tren en Montpellier, totalmente ajeno ya a la realidad.

Si tenemos en cuenta estas palabras de Julio Ortega, «la novela es una suerte de registro temporal distinto: [...] encarna el “tiempo subjetivo”» (1994: 12), entonces resulta que es en la escritura (y en la lectura) donde se da el momento redentor en que el ideal se encarna. Pedro y Martín son escritores, pero en sus siguientes novelas, Bryce nos muestra personajes que sin tener vocación de narradores, necesitan de la escritura para encontrar su sitio en una historia de amor que les deja sin ubicación en el mundo: Felipe, Max con la ayuda de Claire y Juan Manuel. Cuando no es la escritura, como en los casos mencionados, la realidad se sustituye por ensoñaciones claramente autodestructivas, como aquellas con las que Manongo reconstruye los años de compañerismo del colegio San Pablo. En el caso de los personajes escritores, es interesante notar cómo sus producciones

literarias pretenden encarnar la realidad que no han llegado a alcanzar. Para Martín Romaña, como para Max, la escritura es redentora.

Como veremos, una vez aceptada la realidad, lo que se encuentra es el desconsuelo y la nostalgia, pero no la destrucción. A la destrucción se ven abocados Pedro Balbuena y Manongo Sterne. El primero porque no llega a escribir la novela sobre sus amores, de la cual nos deja apenas algunos cuentos que podrían ser capítulos. Es especialmente simbólico el epílogo de este libro. Lo que comienza como un cuento escrito por Pedro (ficción del personaje de ficción) se convierte en el primer encuentro del protagonista con Sophie. En este encuentro, mil veces anunciado y nunca descrito, Malatesta, el perro de ella, se come el cuento que acabamos de leer, y con él la vocación literaria y la capacidad de redención de Pedro. Al margen de la literatura, devorada por el más claro símbolo de la frivolidad de Sophie y de la «horrible modernidad del dinero», como diría el príncipe Leopoldo de *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, solo queda el frenesí destructor de pretender que la Sophie imaginada existe.

A Manongo, por su parte, no se le presenta en ningún momento la posibilidad de expiar por medio de la literatura su fijación en la amistad y el amor adolescentes perdidos. Lo más parecido que tiene son las distintas villas que planea construir a lo largo y ancho del planeta, con nombres que recuerdan aquellos años del San Pablo. Pero esto está más cerca de la enferma obsesión de recrear la taberna caribeña que le sirve de teatro para sus ensoñaciones.

Junto a estos dos personajes destruidos por su subjetividad, encontramos otros que, al menos en el acto de escritura, encuentran una redención. Para Julio Ortega, la novela se convierte en el «teatro del yo», y para el protagonista de *Reo de nocturnidad*, las noches insomnes de su apartamento se convierten en «el gran teatro de mi inmenso desconcierto y de mi pequeño mundo» (Bryce: 1997, 151), es decir, que las noches en compañía de sus amigos (espectadores de su drama personal) le suponen una recuperación. Pero Max pertenece además a la nómina de personajes redimidos por la escritura, por receta médica, además. Es innegable la conexión entre el doctor Lanuse, que obliga –con profesionalidad al margen de sus ideas políticas– a Max a expiar sus mentiras con sesiones diarias de confesión y el doctor Llobera, quien pide a Martín un resumen de su vida en diez páginas y se encuentra con exageradas ciento diecisiete.

También encontramos en el grupo de los redimidos gracias a la escritura a Felipe Carrillo, quien lleva a cabo su verdadera última mudanza en el relato «sin pies ni cabeza». Este relato le permite darse cuenta de que lo que echa en falta no es una persona concreta, Liliane o Eusebia, sino el ideal, la capacidad para querer irracionalmente: «Yo, en cambio, quiero extrañar» (Bryce: 1988, 216). Pero, como hemos visto, esa actitud alejada de la realidad es incompatible con la vida (Pedro, Manongo y Martín o Max en sus peores momentos), por lo que Felipe opta por volver a usar los brazos con su vecina Catherine, aunque esto signifique asumir la ausencia de un amor desmedido como el de Eusebia, cuyo retrato ha descolgado simbólicamente. Como paradoja, el final de *La última mudanza de Felipe Carrillo* es uno de los más tristes de las novelas de Bryce. La resignación,

la supervivencia nostálgica, tienen en esta novela y en *La amigdalitis de Tarzán* una falta de grandeza mucho más desconsoladora que las demencias de Pedro y Manongo.

No en vano la última frase de la última novela de Bryce dice «La paz, en el fondo, es una nostalgia, mi viejo y querido...». El medio para la expiación aquí ha sido una vez más la literatura, en forma de correspondencia a lo largo de años, que no deja de ser una forma de diálogo que permite, como hemos expuesto más arriba, encontrar esos espacios de comunicación que dejan entrever la posibilidad de realización de la subjetividad del protagonista. Esta correspondencia ha permitido a Juan Manuel y Fernanda aceptar la imposibilidad de su amor, por lo que al final de la narración estos personajes representan el polo opuesto a los viacrucis de Martín o Manongo, destruidos por su propia subjetividad.

Resumiendo: la fuerte subjetividad de los protagonistas masculinos de las novelas de Bryce y su búsqueda de un amor ideal los llevan a una marginación completa de la realidad, de la cual solo pueden escapar autodestruyéndose (*Tantas veces Pedro*, varios momentos de *Martín Romaña*) o aceptando con enorme amargura la imposibilidad de su ideal (*La última mudanza de Felipe Carrillo*, *La amigdalitis de Tarzán*). Tanto en un caso como en otro, surge siempre como fruto de esa tensión entre la subjetividad exacerbada y la realidad la novela misma, confesión y búsqueda de diálogo que sirva de puente entre la margen del ideal y la de la «realidad calendario».

Cabría pensar al final que las estirpes condenadas a imaginar amores ideales son las más desgraciadas de todas, puesto que no tienen más salida que el trágico final autodestructivo o la resignación nostálgica. Sin embargo, a nuestro juicio, las novelas de Alfredo Bryce Echenique son la prueba más acabada (a la vez que imperfecta e inconclusa, esto es, viva) de que individuos como Pedro, Martín, Felipe o Max —¿Alfredo Bryce?— son los que nos permiten atisbar una realidad que, si no fuera por las desventuras que ellos protagonizan, sería, además de inasible, invisible.

Referencias bibliográficas

En las obras de Bryce Echenique aparece entre paréntesis la fecha de la primera publicación. La edición que se cita en cada caso, sin embargo, es aquella de que nosotros hemos dispuesto, y a la cual se refieren las páginas que aparecen en las citas.

- BRYCE ECHENIQUE, Alfredo (1968), *Huerto cerrado*, Barcelona, Plaza & Janés (Ave Fénix), 1990
- (1970), *Un mundo para Julius*, Barcelona, Plaza & Janés (Ave Fénix), 1986
 - (1974), *La felicidad ja ja*, Barcelona, Plaza & Janés (Ave Fénix), 1990
 - (1977), *Tantas veces Pedro*, Barcelona, Plaza & Janés (Ave Fénix), 1991²
 - (1981), *La vida exagerada de Martín Romaña*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985
 - (1985), *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985

- (1986), *Magdalena peruana y otros cuentos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986
- (1988), *La última mudanza de Felipe Carrillo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1988
- (1990), *Dos señoras conversan*, Barcelona, Plaza & Janés (Ave Fénix), 1993
- (1993), *Permiso para vivir*, Barcelona, Anagrama, 1993
- (1996), *No me esperen en abril*, Barcelona, Anagrama, 1996⁵
- (1997), *Reo de nocturnidad*, Barcelona, Anagrama, 1997²
- (1999), *La amigdalitis de Tarzán*, Madrid, Alfaguara, 1999²
- (1999), *Guía triste de París*, Madrid, Alfaguara, 1999

FERREIRA, César y MÁRQUEZ, Ismael P. (editores), *Los mundos de Alfredo Bryce Echenique. (Textos críticos)*, Lima, Pontificia Universidad Católica Del Perú, 1994

FUENTE, José Luis de la, *Más allá de la modernidad. Los cuentos de Alfredo Bryce Echenique*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998

—, *Cómo leer a Alfredo Bryce Echenique*, Madrid, Júcar, 1994

ORTEGA, Julio, *El hilo del habla, la narrativa de Alfredo Bryce Echenique*, Guadalajara (México), Universidad de Guadalajara, 1994.

